

Leyendo a Unamuno *

Estanis Payo

Hay filósofos y pensadores que utilizan la novela y el teatro para adentrarnos en problemas metafísicos, en cuestiones filosóficas o teológicas expuestas formalmente distintas a la manera habitual del ensayo. De esta forma, a través de unos personajes, el autor nos introduce y nos pone en contacto con un tipo de realidades poco frecuentadas por el hombre medio.

El considerar la novela como método de conocimiento ha sido muy discutido. Es cierto que ésta carece de los medios que tiene la filosofía y que tiene que tomarlos prestados, lo mismo el lenguaje que toda una urdimbre conceptual. Pero lo que la novela pierde en racionalidad lógica y discursiva la gana en vitalidad. Lo que pierde en profundidad lo gana en proximidad. Un público que se retrae ante un libro filosófico, lee gustoso una novela filosófica. Un público poco preparado para comprender un tratado ontológico, sabe, sin embargo, captar el trasfondo metafísico de un relato novelesco. Este tratamiento novelado puede resultar ligero y superficial para exponer ciertas cuestiones pero suficiente para ir introduciendo y allanando el camino a los menos iniciados. Especialmente, es válido para alertar, advertir y evidenciar al público de la existencia de unas realidades suprasensibles, condenadas al oscurantismo y destierro permanente, de tal manera, que se tiene la impresión de que no existen. No obstante, existen siendo tan reales como las físicas aunque no sean cósmicas.

Leer no es un pasar los ojos por las páginas de un libro repitiendo mentalmente lo escrito. Leer es comprender e interpretar, es participar y dialogar con lo que se va leyendo, es un afirmar, negar o completar lo leído. Esto implica una actitud tensa, activa y crítica del lector, es decir, supone un esfuerzo mental, un trabajo intelectual que muchos rechazan porque sólo saben trabajar físicamente. De aquí que la masa media rechace la novela llamada de tesis en favor de la de evasión, que supone un esfuerzo intelectual nulo y una actividad pasiva por el lector.

Leer es un recibir y un poner. Se reciben una serie de retos y mensajes a los que voy imprimiendo mi acento personal. Cada lector es un punto de vista distinto. Cada libro es siempre leído por primera vez. Falta todavía mucho que decir sobre el Quijote o la tragedia de Macbeth, apenas se ha dicho nada y sobre todo, nada definitiva ni universalmente válido porque lo definitivo es lo que cada hombre se dice a sí mismo al leer personalmente la obra, y esto es lo valioso: la respuesta personal que cada cual da a las cuestiones sugeridas por el autor. En la Historia todas las respuestas son igualmente válidas cuando se ha respondido con sinceridad y dignidad.

"Pasa una generación y viene otra, pero la tierra es siempre la misma (...). Lo que fue será. Lo que ya se hizo, eso es lo que se hará, no se hace nada nuevo bajo el sol". (Eclesiastés, I.1). Para el sol, astralmente eterno, trascen-

dente fijeza, continuidad inalterable no hay nada nuevo bajo su radiante esplendor. Pero para cada hombre que nace y muere todo es nuevo y distinto y todo sucede y es contemplado por primera vez.

Si la visión de la realidad fuese una y única supondría que la humanidad se habría angustado espiritualmente, que el hombre estaría dejando de serlo al perder lo que tiene de individual, peculiar, original y específico, supondría el fin de la filosofía del arte, de la poesía...

Cada lector es una respuesta y estas páginas son mi respuesta a este libro sencillo y profundo que es San Manuel Bueno, Mártir.

(*) Este texto es la introducción del libro "Leyendo a Unamuno: Sugerencias de San Manuel Bueno Mártir" (Ediciones Guía, Madrid, 1985).

ESTANIS PAYO



Leyendo a Unamuno:
Sugerencias de

"SAN MANUEL BUENO, MARTIR"

Gabino Alejandro Carriedo: Dos poemas dispersos

Africa

Vi el alma transitar. Era el desierto,
la mala uva de la arena
lloviendo sobre el ojo.

La sed, la prisa de llegar,
el gusano calor que asfixia;
lánguida la mirada exasperada.

Conocía el Sahara, aquellas
tardes de agobio y horizontes,
sabía del simún y su ortodoxia.

Era el anfibio navegando
sin vela sobre un viento cálido
la mar —seca— sin peces.

Y al fin renuncias. Ganas
de terminar. Olvidarte.
Dejar la piel sobre esa arena.

Publicado en "Albaida" en 1977.
Núm. IV. INVIERNO

Carta a los hombres

Nadie me lo ha contado ni es menester decirlo;
sabemos que hay muchachas calientes y que hay hombres
satisfechos de sus hegemonías.
Sabemos que el relámpago se cuece en un instante,
de la sal de la miseria las larvas desdeñadas,
los chivos estudiosos y el recitar secreto,
todos conocer la cabra mística.
Adular es costumbre de gente prevenida,
como los sapos somos para ser presentados
en sociedad, con uniforme, al norte de esta valla
que limita la pena con los cinco sentidos.
Si hay alguien de vosotros que pueda confirmarlo,
mate mi soledad en un momento,
contribuya a este escaso bagaje, abunde, abunde,
colocando las ramas en el erial que nos circunda.
Precisamente porque nadie me lo ha contado,
conozco ese misterio válido y no conclusivo,
no definido porque las penas para adentro,
la colcha para adentro según costumbre,
el calor para adentro conviene hacerlo.
Todos sabemos que morir se debe
a un propósito antiguo y no olvidado.
Pero yo os digo ahora (maravillaos todos)
que os trasladéis de casa si es preciso,
que os cambiéis de ciudad buscando albergue,
músicas, hojas, arcos de piedra, alfombras
y un río, una taberna y una inscripción cualquiera.
Pensadlo bien, ¿no veis que la tierra no gira?
Algo se pudre dentro del corazón del hombre.

Publicado en "Pleamar" en 1952.

G. Alejandro Carriedo, visto por Cesteros

